

El último gaucho

Hormiga Negra



Hormiga negra, el gaucho de larga fama, á quien el popular novelista Eduardo Gutiérrez consagrara una novela, de tanto éxito, que está agotada, vive. Y vive, respetado y querido en el mismo escenario en que tuvieron lugar sus hazañas, para cuya narración necesitó Gutiérrez 284 páginas.

Tal milagro dice mucho en favor de la benignidad de nuestro clima, puesto que nos ha conservado hasta hoy, á ese hombre, que es la leyenda viviente del paisano perseguido por la justicia, y cuya vida tiene tanto interés que llevada á la novela y al drama, entusiasmó á las multitudes.

Al enterarnos de que Guillermo Hoyo vivía, sentimos el natural deseo de entrevistarnos con él para poder juzgar de la veracidad de los hechos relatados por Gutiérrez, y oír de boca de aquel paisano la narración sencilla de cuanto la fama le atribuye.

Así, pues, nuestra natural curiosidad de reporteros nos trasladó á San Nicolás de los Arroyos, donde tuvimos la fortuna de vernos cara á cara con el famoso gaucho, con el temible Hormiga Negra, terror de policías, y taita del gauchaje, en todo el norte de la provincia de Buenos Aires, allá por el año 58.

Nuestra fantasía, exaltada por el relato novelesco, nos lo hacía imaginar alto y fornido, pero nos encontramos con un hombre chiquito, delgado, de tez morena, en cuya cara las arrugas marcan enérgicas líneas, y en la que se ostenta un blanco y recio bigote. La nieve de los años también ha caído sobre su cabeza, pero á pesar de los setenta y nueve cumplidos, es ágil y robusto, y conserva una lucidez que encanta. Todavía vive en su espíritu, el paisano retrucador y refranero. Sus grandes ojos se abrillantan cuando quieren afirmar algo, y saben entornarse picarescamente para acentuar algún dicho criollo lleno de malicia.

— ¡Qué quiere amigo, que le cuente — nos decía Hoyo — la verdad no me la van á crérl! Hormiga Negra, es, y será pa tuito el mundo, un gaucho desalmado. Acuértese cuando se me prendió por asesino de la señora de Marzo; que vino á mi rancho un policiano, y ahí no más, me hizo enderezar pa la comisaría... Se había cometido un crimen... y amigo, yo tenía que ser por fuerza porque no había en el pago otro gaucho pícaro á quien acumular la cosa. Dos años me tuvieron comiendo tumba y bastante apurado,

porque los jueces me traían y me llevaban como caballo patrio tomándome declaraciones pa ver si me ensartaba. A veces, amigo, hasta dudé de mí mismo. Aquellos hombres hablaban tan lindo, que se me hacía sierto que era yo el asesino. Pero en aquella ocasión, tuve algún santo bendito que me sacó de pantano.

— ¡Sí?

— ¡Sí! Se descubrió el criminal y los jueces entonses me mandaron poner en libertad sin cobrarme ni medio por la posada. ¡Qué suerte, eh?

— ¡Y quién había sido el asesino?

— Un tal Martín Dias... ¡Pobre, que el diablo lo perdone!

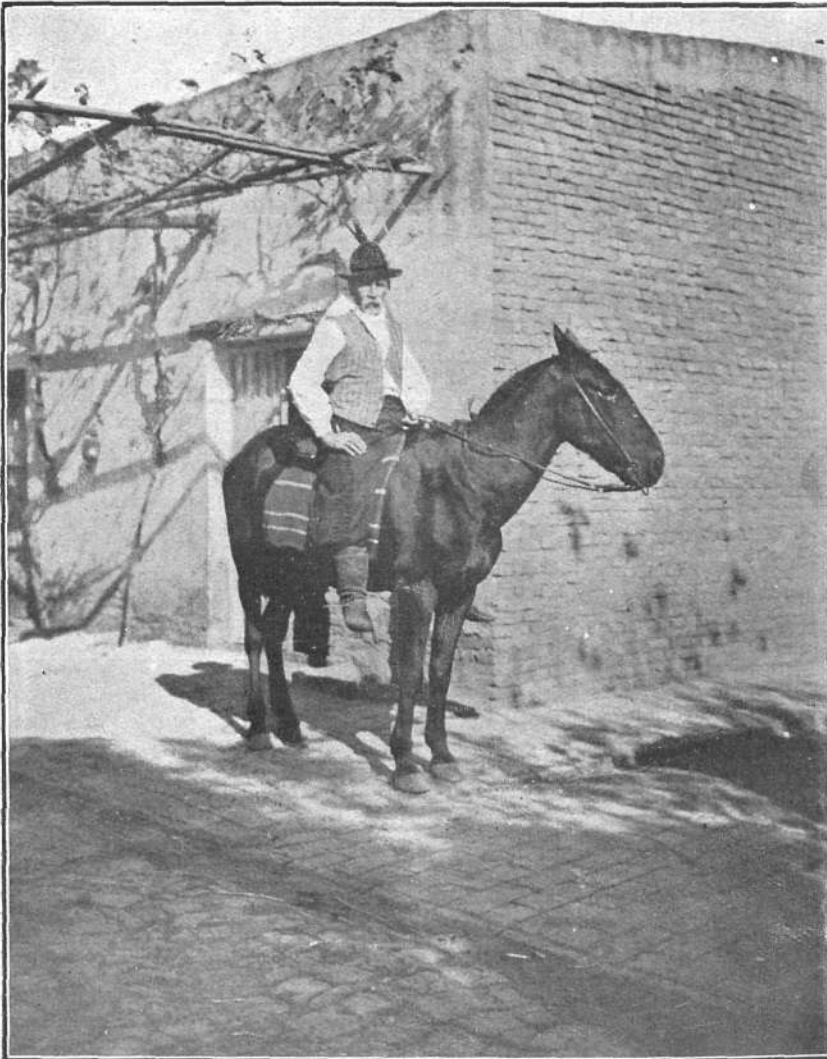
— ¡Son cosas de la vida, amigo Hoyo! díjimos para consolarle.

— ¡Sí, cosas de la vida!... Pero la vida tiene cosas dulces... y á mi siempre me han tocao las amargas.

— Díganos, ¿es cierto lo que le atribuye la fama?

— No le negaré que de muchacho he sido un poco calavera, y que era hombre llegao el caso, pero amigo, m'han apuntao tantas, que ni pulpero que hubiese sido tuito el mundo pa llevar cuentas... y tienen fama de apuntar de más.

— Eduardo Gutiérrez, no lo trata mal. Lo presenta como un buen gaucho, que si



Guillermo Hoyo (a) Hormiga Negra, y su mejor amigo.

pelea, es en defensa propia para salvar el cuero.

— ¡Sí! Pero, amigo, ya sabemos lo que son novelas... y lo que son cuentos. Ustedes los hombres de pluma, le meten no más, inventando cosas que interesen, y que resulten lindas. Y el gaucha se presta pa todo. Después que ha servido de juguete a la polea lo toman los leteratos para contar d'el a la gente lo que se les ocurre. Y si un pobre paisano se desgrasia porque ha querido mostrarse guapo, y se limpia al que le ofendió, ustedes no le merman nadita, sino que le acumulan más muertos que los q'hay en el cementerio... porque así debe ser el gaucha de novela, peleador hasta que no queden poleas, ó hasta que se lo limpien á él de un bayonetazo, como á Moreira. El gaucha que murió en



«El hormiguero».—La casa en donde vive Hoyo con su hijo y sus nietos, en las afueras de San Nicolás.



Hormiga Negra y su mujer, fallecida hace dos años.

— Es la vida de un gaucha, bandido, que en algunos momentos sabia ser bueno, pero aquel Hormiga Negra, es demasiado peleador, y se le va la mano con frecuencia... Según mis cálculos, se limpió una punta.

— Sí, pero en defensa propia. De hombre á hombre, y en duelo criollo.

— Mire, amigo. La verdad de las cosas sería muy poco, pues no es lo mismo matar á un hombre en de veras que matarlo en el papel cuando se escribe, ¡créame!

Luego, no se exponen á cada rato el cuero, porque sí, por puro gusto de hacerse ver ante la paisanada. Eso de las peleas con una partida de cincuenta hombres... es un bolaso de mi flor... ¡Lindo cuento pa los mositos de la siudá, pero no para contarlo en la campaña, porque le pueden dejar á uno por embustero.

— ¿De modo qué?...

— Puro cuento, amigo. Tan mentira es todo eso, como el crimen que se me achacaba de la señora de Marzo, y tenga en cuenta que si ocurrió el equivoco recién en el año 1902, cuando la justisia era léida y escribida... Cálculo, que no sería en aquellos tiempos en que los jueces de paz sí sabían ler, no tuitos se daban el lujo de saber escribir.

En los tiempos de que le hablo, bastaba que un gaucha se negase á acompañar á los que eran gobierno en unas votaciones, ó que le hubieran visto marearse más de lo debido, para que sin más ni más lo fletaran á un contingente, y si le tomaban rabia, y querían que el hombre conociese el amarguito de las penas le formaban un sumario donde costaba que tuitos los muertos del año no debían nadita á los médicos, sino á lo filoso de su facón...

— ¡O de su trabuco de campaña!...

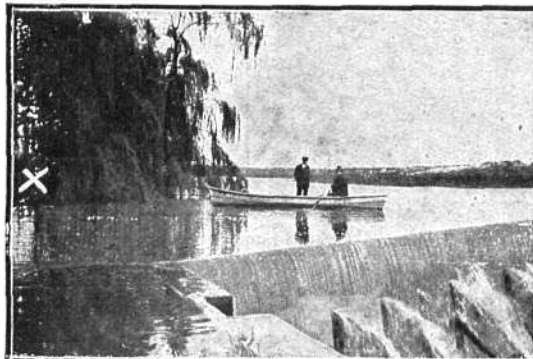
— ¡Deje que me ría, mosito! Ya éé, porqué lo dice. En la novela se cuenta el caso en que yo hice huir á la milicada. ¿Y, usté lo creyó?... Pero, amigo, eso, es no conocer



Ramón Hoyo, hijo de Hormiga, conocido por Hormiguita, y que trabaja honradamente de chacarero.

su lay, ¡matando!

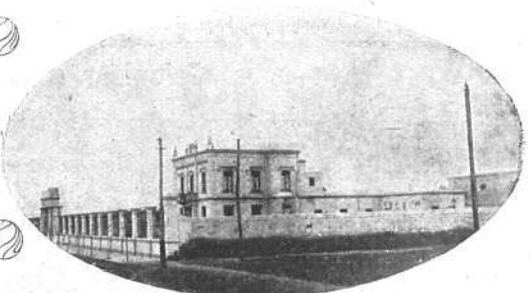
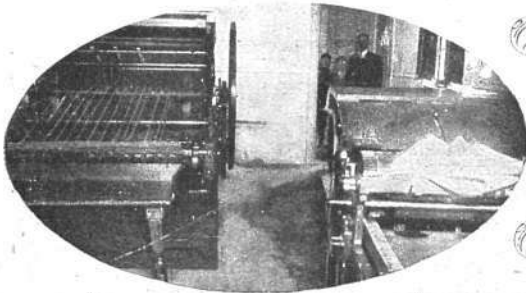
— ¿De manera, qué lo que se cuenta en la novela?...



Lugar donde estuvo escondido (X) por haber muerto al peón de su suegra.



Arroyo del Medio, donde peleó con el juez de paz de San Nicolás y una partida de cincuenta vigilantes matando é hiriendo á doce de los últimos.



El calabozo del juzgado de paz, en donde fué encarado Hormiga por primera vez, en 1876, hoy taller de máquinas de «El Noticiero».

lo que eran en aquellos tiempos el batallón provincial. El coronel Dantas podía contarle. ¡Lindos nenes para quedarse de á pie!... ¡y tan luego con una garabina remintón en la mano!

— ¡Me deja asombrado, paisano! ¡Y yo que creí que la leyenda!...

Lo que hay de verdad, es que los criollos de entonces, éramos de una pieza. Vivos como la luz y valientes como las armas, y cuando llegaba el momento de hacer pata ancha se había, pero para hacerse respetar. Algo podía contarle... Si,

La víctima, Luisa Penza de Marzo.

yo he sido hombre de vérmelas con cuatro mositos de los buenos, que manejaban el cuchillo como el mejor, y alguno de ellos se quedó con un lindo recuerdo de mi daga, y como cualquier cristiano al ver llegar la partida traté de salvarme en ancas de mi flete, pasando el Arroyo el Medio, y poniéndome á distancia de los que querían darme caza.

— ¿Qué apuros, eh?

— ¡Macucos! ¡Pero á qué recordar cosas tristes! Ya ve, amigo, cuando se trataba de cosas falsas me reiba, pero cuando son hechos verdaderos, cierto amarguito viene á entristecerme.

— ¡Recordar, es vivir!...

— Sí, pero mi vida es bien triste. La fatalidad me ha perseguido más de lo debido. Desde



El sargento Moreira, que prendió á Hormiga Negra.



Martín Díaz, actualmente sufriendo su condena en el presidio de Sierra Chica.

La cárcel de San Nicolás, en donde purgó su injusta condena.

que me faltó mi compañera, no he tenido ni un chiquito de alegría. Por fortuna me ha quedado para consolar mi vejez á mi hijo Ramón, un muchacho bueno y trabajador, que está de chacarero, sin que por fortuna haiga tenido que hacer nada con la polea. Ya comprenderá que cuando la etia ha salido buena... es señal de que el padre no ha sido tan malo como he visto que se le presentaba por una compañía de circo que cayó por San Nicolás.

¡Qué «Hormiga Negra», amigo, era un matrero capas de atropellar al mismo Mandinga!

— Va y a, pues me facilitó de haber podido estrechar la mano de un buen criollo, de los que ya no quedan, puesto que le llaman á usted, el último gaucha.

— Y así es nomás. Ah, le agradecería que si va á contar algo en su CARAS Y CARRETAS no se le diese por aumentar las cosas, ó por inventar.

— Pierda cuidado. Con decir la verdad, el reportaje será interesante. Su solo nombre basta para evocar todo el pasado argentino, y más que nada al gaucha, á ese paria de la Pampa que ha servido de carne de cañón, y cuya sangre ha cubierto de honor los campos de batalla.

Goyo Cuello.



Hoyo y su mujer, cuando fué absuelto de la pena impuesta por el homicidio que se le atribuyó.